

Lezo según Victor Hugo



8 de la tarde

Hacia varios días que me habían fijado en la montaña en un pueblo de aspecto extraño y severo. Este pueblo se llama, creo, Lezo. Está situado en el extremo del brazo de mar de Pasajes, en un lugar que la marea deja en seco al retirarse. Ayer, cuando el sol caía, cogí a media pendiente un camino de bueyes que conduce allí.

Este camino es a menudo muy duro, pavimento a trozos con losas de arenisca y con losas de mármol, y cortado aquí y allá por una especie de escaleras abruptas que hacen las losas al desplomarse. Por lo demás, corre por la pendiente de dos montañas que los brezos violetas y las retamas amarillas cubren en este momento con una inmensa capa de flores.

Dejé a mi derecha una gran granja construida en piedra, de puerta ojival, después a mi izquierda una garganta muy salvaje, donde un torrente se abre paso del modo más furioso y más extraño a través de una ruina que fue una casa. Pasé este torrente por un puentecito de un arco, y subí la pendiente de la montaña opuesta.

Unas mujeres cantaban, unos niños se bañaban en unos charcos de agua; unos obreros franceses venidos de Bayona, que construyen en este momento un edificio en la bahía, pasaban por una hondonada llevando entre siete un largo armazón. Oía la esquila de los bueyes y el estremecimiento de los árboles; el paisaje era de una alegría magnífica; el viento lo hacía vivir todo, el solo lo doraba todo.

Luego encontré una ruina a la derecha, una ruina a la izquierda, todavía otra, luego un grupo de tres o cuatro, detrás de un bosquecillo de manzanos, y bruscamente me encontré a unos pasos del pueblo.

Utilizo aquí indebidamente la palabra ruina; siempre debería emplear solamente la palabra escombros. Estas "ruinas" se componen por lo general de cuatro muros sin tejado, con algunas ventanas, la mayoría de ellas tapiadas por un tabique de ladrillos y convertidas en troneras, con señales de incendio por todas partes, y en su interior una vaca o dos cabras que pacen sosegadamente la hierba del pavimento y la hiedra del muro.

Estos escombros son obra de la última guerra.

Cuando entraba en el pueblo, una mendiga solemne, al menos centenaria, se levantó en la esquina de un muro y me pidió limosna con un gesto de protección formidable. Di cinco céntimos a este siglo.

Entré en una calle lúgubre, bordeada de grandes casas negras, todas de piedra, algunas con balcones de hierro macizo de una labor antigua, otras con enormes blasones esculpidos en alto relieve en medio de la fachada.

Rostros lívidos, que parecían despertar súbitamente, aparecían en los umbrales a mi paso. Casi todas las ventanas tenían, en vez de cortinas, vastas telas de araña. Por estas ventanas, largas y estrechas, miraba dentro de las casas, y veía unos interiores de sepulcro.

En un momento, hubo una cara en cada ventana, pero una cara más vieja todavía que la ventana. Todas esas caras taciturnas, cadavéricas, como deslumbradas por una luz de-

masiado viva, se agitaban, se inclinaban, susurraban. Mi llegada había puesto a este hormiguero de espectros en movimiento. Me parecía estar en un pueblo de larvas y de las, y todas estas sombras miraban con cólera y terror a un ser viviente.

La calle en la que entré era tortuosa y estaba cortada, por decirlo así, en dos pisos. El lado derecho se adosaba a la montaña, el lado izquierdo se hundía en el valle.

Había muchas casas del siglo quince, con dos grandes puertas; en la clave de arco de la primera puerta había esculpido, del modo más delicado y más elegante, el número de la casa mezclado con algún signo religioso, una cruz, una paloma, una rama de lis; en la clave de arco de la segunda estaban cincelados los atributos del oficio del habitante, una rueda para un carretero, una destal para un leñador. En este pueblo, todo tenía una oscura y singular grandesa. Un rótulo era un bajo relieve.

Era una miseria profunda pero no era una miseria vulgar. Era una miseria en casas de sillares; una miseria que tenía balcones de hierro labrado como el Louvre y escudos de armas en láminas de mármol como el Escorial. Un pueblo de hidalgos en harapos en estas cabañas de granito.

No veía ningún rostro joven, fuera de algunos niños harapientos que me seguían de lejos y que, cuando me volvía, retrocedían sin huir, como jóvenes lobos amedrentados.

Cada dos casas había una ruina, la mayoría de las veces cubierta de hiedra y obstruida con maleza, algunas veces antigua, reciente las más de las veces.

Pasando por encima de los lienzos de las paredes, llegué a una casa que parecía deshabitada. Toda la fachada que daba a lo que había sido la calle tenía ese aire lúgubre de una vivienda sin dueños, puertas cuidadosamente cerradas, con ventanas de postigos verdes de un enmaderamiento de tiempo de Luis XIII cerradas por todas partes. He trepado por una pequeña tapia para dar la vuelta a esta casa, y por el otro lado la he encontrado abierta, pero horriblemente abierta, pero horriblemente abierta, abierta de arriba a abajo por el arrancamiento entero de una fachada cuyo muro yacía en el suelo de un trozo en un campo de maíz aplastado. Andé sobre este muro como sobre un pavimento y entré en la casa.

¡Qué desolación! Vi de una ojeada los cuatro pisos despanzurrados. La escalera había sido quemada; la caja de la escalera no era más que un gran hueco al que daban las habitaciones. Las paredes, rojizas y repugnantes, mostraban por todas partes la señal de las llamas.

Sólo puede recorrer la planta baja, por faltar la escalera.

Esta casa era muy grande y muy alta; ya sólo era sostenida por algunos pilares y algunas vigas rebajadas por el fuego. Las veía colgar y temblar por encima de mi cabeza; de vez en cuando una piedra, un ladrillo, un cascote se desprendía y caía a mis pies, lo que producía un ruido de vida siniestra en esta casa muerta. En el tercer piso, un tablón medio quemado había quedado suspendido de un clavo; el viento lo agitaba y lo hacía chirriar tristemente. Volví a ver en las habitaciones los postigos sólidamente cerrados con cerrojo. Había algunos jirones de papel en los muros. Una habitación estaba pintada de color rosa. En la cocina, en un lugar ahora inaccesible, me fijé, en el faldón blanco de la alta chimenea, en un pequeño navío dibujado con carbón por una mano de niño.

De una ruina secular se sale con el alma engradecida y dilatada. De una ruina de ayer se sale con el corazón encogido. En la ruina antigua me imagino al propietario. El fantasma es menos triste.

Una iglesia alta, enorme, granítica, lúgubre domina este pueblo arisco.

De lejos no es una iglesia, es un bloque. Al acercarse, se distinguen algunos agujeros en el muro, y en el ábside tres o cuatro ojivas del siglo quince. Como, sin duda, se ha pensa-



do que eso daba demasiada claridad a esta caja de piedra, se han tapiado las ojivas, y no se ha dejado más que un estrecho ojo de buey en el centro de cada una de ellas. La muralla es rojiza, áspera, roída por el líquen.

La fachada es un gran muro cortado en ángulo recto, sin ventana, sin vano, y que no ofrece a la vista más obertura que el pórtico, que es bajo y triste, con dos columnas gastadas y un frontón desnudo. Dos largos arranques de piedras negras señalan estas fachadas con una cicatriz de arriba a abajo. A la derecha tiene una alta y estrecha torre, que apenas sobresale del remate del edificio.

Siete u ocho viejas horribles estaban en cuclillas de trecho en trecho alrededor de la iglesia. No sé si esta combinación era efecto del azar, pero cada una de estas viejas parecía acoplarse a una gárgola que estiraba el cuello por sobre su cabeza en el borde del tejado. A veces, las viejas

levantaban sus ojos al cielo y parecían intercambiar tiernas miradas con las gárgolas.

Una de estas mendigas hurañas fijó sobre mí una mirada más fija y más feroz que las demás. Fui directamente hacia ella lo que pareció sorprenderla; luego le señalé la iglesia y le dije: *Guilzta*. Que significa en vasco: la llave. La gárgola viviente, amansada por esta palabra mágica y por media peseta que eché en su delantal, se levantó y me dijo: *Bay*, es decir: sí. Desapareció detrás de la iglesia.

Me quedé solo delante del porche. Todas las demás viejas se habían levantado y se habían agrupado en una esquina desde donde me miraban.

Un momento después, la que se había alejado volvió a aparecer llevando la llave. Abrió la puerta de la iglesia y entré. ¿Acaso era la hora, la noche que se avecinaba? ¿La disposición de mi espíritu o la propia emanación del edificio? Jamás había sentido una impresión más glacial que al penetrar en esta iglesia.

Era una alta nave, desnuda por dentro como lo estaba por fuera, oscura, fría miserable y grande, apenas iluminada por los reflejos macilentos y terrosos de una luz crepuscular.

Al fondo, detrás del tabernáculo, sobre un estrado de piedra, se levantaba desde el suelo hasta la bóveda un inmenso dosel, cargado de estatutas y de bajos relieves, antaño dorado, ahora oxidado, escalonando sobre una superficie de sesenta pies de alto, los formidables santos de la Inquisición mezclados a la arquitectura trágica y siniestra de Felipe II. Este altar, vislumbrado en esta oscuridad, tenía un no sé qué de despiadado y terrible.

La vieja había encendido un pábilo que centelleaba en una gran lámpara de hojalata troquelada, de buen gusto, colgada ante el altar. Este pábilo no quitaba nada a la oscuridad y añadía algo a lo horroroso.

El cura sube a este altar por una amplia grada enmarcada por una baranda de piedra maciza admirablemente trabajada con el gusto sombrío y elegante de Carlos V, que corresponde a lo que llamamos en Francia el estilo Francisco I, y a lo que se llama en Inglaterra, la arquitectura Tudor.

Subí esta escalera y desde allí miré la iglesia, que es verdaderamente majestuosa y fúnebre.

La vieja no sé dónde estaba, en algún rincón tenebroso.

La puerta había quedado entreabierta, y veía a lo lejos el campo ya cubierto por las nieblas, el cielo oscurecido, el brazo de mar, vasto arenal en seco en aquel momento; en primer plano, una ruina que era una cabaña; en segundo plano, una ruina que era una casa de alcalde; al fondo una ruina que era un convento. La cabaña en ruinas, la casa en ruinas, el convento en ruinas, ese cielo del que se va la luz, esa playa de la que el mar se retira, ¿no era acaso un símbolo completo? Me parecía que, desde el fondo de esta misteriosa iglesia, veía, no un campo cualquiera, sino el resto de España.

En aquel momento un ruido singular llegó hasta mí. Escuché no pudiendo dar crédito a lo que oía, y escuché más. Cosa sorprendente y que anuncia cuán profunda es ya la revolución que se produce en este país: la pandilla de niños que me habían seguido de lejos habían visto la iglesia abierta; se había instalado en el porche y cantaban a voz en grito, y con escarnio y grandes carcajadas, la misa y las vísperas, parodiando al cura en el altar y los chantres en el coro.

¿Qué quieres que te diga amigo? En aquel momento, sentí en el alma una piedad infinita por estos pobres niños a quienes ves a faltar la religión antes de que se les haya dado la civilización.

Y después, de los niños, mi piedad se ha dirigido a esta pobre vieja nave del Santo Oficio, obligada a sufrir esta afrenta en silencio. ¡Qué castigo! ¡Qué reacción! ¡Unos niños se burlan de lo que durante tanto tiempo ha hecho temblar a los hombres! ¡Oh! Si las piedras tienen entra-

ñas, si el alma de las instituciones se comunica a los edificios que construyen, ¡qué sombría e inexpresable cólera debía de remover en aquel momento hasta sus cimientos estos austeros y formidables muros! ¡Y pensar que esto ocurría cerca de la cuna de San Ignacio, a dos leguas del valle de Loyola! A medida que los niños iban cantando, la nave se hacía más oscura, y esta *oscuridad* que se hacía en la iglesia parecía ser la imagen de la oscuridad que se hacía en su fe.

¡Triste iglesia de Santo Domingo, habías creído vencer a Satanás, y eres vencida por Voltaire!

¡He aquí pues, que todo es ruina en España! La casa, morada del hombre, es arrasada en los campos; la religión, morada del alma, es arrasada en los corazones.

Oscurecía cuando salí de la iglesia. Todas las ventanas y todas las puertas estaban cerradas en el pueblo. Ni una luz, ni un habitante. Se hubiera dicho que esos sepulcros se habían vuleto a cerrar y que esos espectros se habían dormido de nuevo.

Sin embargo, en una plaza, distinguí un resplandor. Me dirigí allí. Unos postigos estaban entornados en una planta baja y vi en una habitación baja a una vieja en cuclillas, inmóvil, apoyada en un muro recientemente blanqueado. Sobre su cabeza árida una lámpara sujeta a un clavo, la vieja lámpara española que tiene la forma de una lámpara sepulcral. Creí ver soñar a Lady Macbeth.



La reverberación de esta lámpara me permitió leer sobre la puerta de la casa de enfrente esta inscripción:

POSADA
LHABIT

Me lo esperaba todo, excepto encontrar allí una posada.

La luna salía por detrás de los montes de Jaizquivel cuando yo salí del pueblo. Me fue fácil volver a encontrar mi camino. Sin embargo, en la disposición de ánimo en la que me había dejado aquella visita a este lugar extraño, me costaba trabajo reconocer aquellos campos que me habían maravillado unas horas antes. Este paisaje, tan alegre al sol, se había vuelto lúgubre bajo la luna. La soledad de la noche llenaba el horizonte.

Me acercaba a Pasajes. Algunos caminantes comenzaban a aparecer en el camino.

Tenía la mirada fija en la ruina de un castillo que se dibujaba a lo lejos al claro de luna sobre la cresta de una montaña bastante alta, al fondo de un valle estrecho, salvaje y desierto.

Lo que me preocupaba era una luz que acababa de aparecer en esta ruina, en el extremo del aguilón. Esta luz tenía algo de inexplicable y de singular. En primer lugar, a causa del lugar en el que brillaba, después a causa del modo como brillaba. Funcionaba como un faro, encendiéndose, luego apagándose, luego volviéndose a encender y lanzando de repente el destello de una gran estrella. ¿Qué era aquel fuego y qué significaba?

Cuando llegué a la garganta en la que está el puente, una mendiga que en general está en la entrada de la cordería y a la que doy limosna casi cada mañana, atravesaba la calle para subir a su choza a mitad de la cuesta. Al verme, se volvió, hizo la señal de la cruz y me mostró la luz, diciendo: *Los demonios*. Pasé al otro lado.

Un poco más lejos, en la entrada del enlosado empinadísimo que baja a Pasajes, un hombre, un pescador, estaba de pie sobre un bloque de mármol rojo y, como la vieja, miraba la luz. ¿*Qué es eso?*, le dije acercándome. El hombre no abandonó la luz con la mirada y me respondió: *Contrabandistas*.

– ¡Ah! señor, ¡qué tarde viene! ¿No ha cenado? ¿Y de dónde viene así?

– De Lezo.

– ¡Ah! ¿Ha ido a Lezo?

– Sí, señora.

Repitió un momento después, con aire pensativo:

– ¿De Lezo?

– Pues sí, replique. Y usted, ¿no ha estado nunca?

– No, señor.

– Y, ¿por qué?

– Porque, en el país, jamás vamos a Lezo.

– ¿Y por qué no van nunca?

– No lo sé.

Victor Hugo "Los Pirineos"

Oharra: Honako testu hau argitaratu zen euskeraz, 1988ko irailean atera genuen Lezo - 1ean. Eta itzultzailea J.L. Aperribai izan zen. Beraz euskeraz irakurri nahi duenak badaki nora jo.